

CON ESTE CONTENIDO:

- * VOX POPULI VOX DEI (cuento) por Armando Cosani.
- * Poetas de América. ALBERTO GUERRA TRIGUEROS. Por Sandro Val.
- * LA ACADEMIA DE ARTE DE PENNSILVANIA. Por Norman Smith.
- * ANTHONY QUAYLE, EL DIRECTOR DEL TEATRO CONMEMORATIVO DE SHAKESPEARE. Por Marjorie Earl.
- * LA ESCULTURA EN LA ACTUAL INTEGRACION PLASTICA. Por Francisco Zúñiga.
- * ZOOPOETICA. "EL BURRO". Por Salvador Jiménez Canossa y Luis Ferrero A.
- * PIEL DE VENUS. Comedia en un acto de JOSE FABIO GARNIER.
- * JUGUETES PROBADOS DE ANTEMANO. Por Central Press.

San José, Costa Rica, 3 de abril de 1955.

Nº 138

Además...

VOX POPULI VOX DEI



ESUS volvió a la tierra un día, y visitó la Gran Ciudad donde tenía su asiento el gobierno del pueblo.

Anduvo entre las gentes mucho tiempo.

Al cabo, sintióse preso de una dolorosa sensación de muerte.

Y fuese a un templo, a orar, diciendo: "Seguramente ahí habrá vida"

Peró en el templo también lo recibió la muerte, vestida de oro y encajes. Y el abundante incienso que ardía ante el altar apenas disipaba el hedor del cadáver de tantas esperanzas sepultadas en él.

Jesús, entonces, preguntó a un cualquiera:

—¿Podrías indicarme, hermano, quien entre ustedes se interesa en la vida?

Y el hombre, mirándole extrañado, le indicó el camino hacia la casa de un filósofopreciado por su gran erudición.

—Es quien orienta nuestra conducta, —dijo—, la más culta entre todas.

—Poco ha cambiado el mundo de los hombres —murmuró para sí Jesús.—

Y encaminándose hacia el palacio del erudito, a quien todos admiraban y honraban, llamado el Gran Sabio.

—Yo soy Jesús— —le dijo al saludarle—.

Me informan que te inquieta el misterio de la vida.

—Sí —respondió el filósofo—. Llevo ya mucho tiempo empeñado en saber a ciencia cierta la verdad de un problema que ha dividido el hombre desde hace miles de años, sin que aún pueda acordar si hay determinación o si hay libre albedrío.

—Quizás pueda ayudarte —respondió Jesús.

—Quizás... pero lo dudo —contestó el filósofo. Y en sus labios formóse una sonrisa fría, como era fría su mirada, y agregó:

—Debo advertirte que no creo en milagros. No creo en nada que no lo explique la razón.

—Eso está bien —dijo Jesús. Y en su mirada apuntó un rayo de esperanza, y muy dentro de sí comentó: "He aquí un hombre honrado que me puede heredar".

Miró al filósofo con gran cariño, y preguntóle.

—Dime, ¿dónde has buscado la respuesta de tus dudas?

—He buscado en la ciencia, en el arte y en cuanta religión exis-

CUENTO

Por Armando Cosani S.

te. Mas no he encontrado nada razonable. Y nada he podido cifrar. No sé si el hombre es libre, como dijiste tú y quienes creyeron tu mensaje, o si viene a la vida predestinado a cumplir una función para después morir. Tus palabras tampoco han aclarado el misterio; y aún creo que tú mismo tampoco lo supiste. Y si te fué dado descifrar el enigma, ¿por qué razón guardaste el secreto para ti?

—Conozco tu inquietud —dijo

Jesús—. Yo también la viví. Pero te ruego que aún me digas algo más. ¿Has ponderado sobre "cómo" y "dónde" indiqué yo que habría el hombre de buscar la respuesta a todas sus preguntas?

—Sí, mas debo confesarte que no hallo nada razonable en tu método.

—Jamás hablé de un método; sí, de un anhelo. Y recuerda, yo nunca dije "esto u aquello es la verdad". Me limité a dar testimonio de ella.



—Aún así, exiges demasiado. Y si aquellos gigantes del entendimiento cuyos escritos nos rodean en esta biblioteca no han podido explicar a mi satisfacción todo el misterio, ¿podré yo acaso describirlo?

—Sí, ¡puedes! —respondióle Jesús con energía—. Te aseguro que si yo pude hacerlo, también puedes hacerlo tú y quien quiera. En mis palabras no hallarás nada que no puedas hallar en tu propia vida, si la vives uniendo todo a tu elevado y noble anhelo. Investiga tú mismo, y lo verás. Y tus frutos se multiplicarán generosamente. Los muertos que pueblan tu ciudad volverán a la vida. Y los ciegos verán, los cojos andarán. Y yo, el hijo del Hombre, podré decirle a mi Padre, entonces, que su obra es buena.

Clavó el filósofo su mirada en Jesús, reflexionó un instante, y luego, pálido el rostro por la ira, dijo:

—¡Ya no me cabe duda! Jamás tuviste sensibilidad social! Te negaste a conducir a tu oprimido pueblo contra el poder de Roma; te refugiaste en un mito, en un misterio para ocultar tu cobardía y ahora pretendes engañarme a mí también. Sábelo de una vez, orgulloso y soberbio Nazareno, que a mí no me impresiona tu supuesto amor. No puedes conmoverme. Fué un sueño el tuyo, un bello sueño sin lugar a dudas, y en él te refugiaste temeroso de afrontar la realidad de la opresión que sufre el hombre en esta tierra. La tuya fué una vida subjetiva, y ese vivir a mí no me interesa. En mi ciencia nada hay que justifique tus palabras. En nuestros laboratorios hemos fraccionado el átomo y arrebatado su energía a la naturaleza. Grande, muy grande es nuestro poder; grande es nuestro conocimiento de las ciencias. Pero ninguna de ellas ha podido encontrar lo que tú llamas el Espíritu Santo.

Calló el sabio un instante, perplejo ante la calma de Jesús, quien dijo:

—¿Qué sabes de ti mismo?

—¡Ah!... tronó el sabio. ¿También me traes eso? Mi ciencia y mi saber están por encima de tales vanidades y egoísmos. Yo no soy como tú, ni quiero serlo, ¿sabes?. Tú no solucionaste nada y tu pueblo vive aún perseguido en todo el mundo. Viniste únicamente a traer dificultades, a aumentar los problemas en la vida del hombre. Tú y tus palabras son un problema más por-

Alberto Guerra Trigueros

(Salvadorenño)

que unos cuantos ilusos como tú las sumaron a la abundante necesidad y a la miseria humanas. Dijiste ser la luz, pero aumentaste las tinieblas. ¿De qué sirven entonces tus palabras? Fuiste un romántico, un loco enamorado de su idea, y fuiste un necio al morir en la cruz. Jamás fuiste un humilde, aunque los tuyos proclamaron lo contrario. En tu ilusión te endureciste; fuiste soberbio, orgulloso y duro. Qué le dejaste al hombre sino una despiadada guerra en lo profundo de sí mismo? ¿Y que quedó de tu obra, de tu amor, de tu bondad? No quedó nada, ¡nada!... ¡nada!... No llenaste el vacío que tortura a los hombres porque a ti sólo te interesó la voluntad de tu supuesto Padre. ¡Oh!... me impacienta con tu hipócrita calma. Vete, ¡vete de aquí! No me atrae la gracia que me ofreces; mi sólido saber de la ciencia y la filosofía me protegen de ella.

oOo

Y marchóse Jesús, seguido por las hirientes burlas del filósofo, y de todos sus discípulos.

Pero vibraba en él una oración silente, recogido en el templo de sí mismo.

Llegó a la plaza, no lejos del palacio del filósofo. Y mirando a las gentes, habló así:

—Poco, en verdad, ha prosperado el hombre. Aún cree que es el dueño del mundo, el dueño de la vida, el dueño de la tierra; pocos, muy pocos, se aventuran hacia el mundo interior. He aquí la misma multitud que conocí en mi tiempo. Hela aquí, rindiendo pleitesía y alimentando odio hacia nosotros, cesáres cuyos tronos y cuyo gran poder ella misma edifica con su menguado entendimiento de la libertad. He aquí a los hombres que aún permanecen esclavos y víctimas de la misma ilusión, del mismo engaño que los tenía presos dos mil años atrás. Aún adoran las palabras sonoras y aún temen la verdad. Aún con curren al templo a comprar espe ranzas de un mañana mejor y aún quemán ellos mismos toda certeza de libertad y paz que pueden hallar hoy. Su pereza les vende, y como sacrificio ahora ofrecen su deber de pensar. Por ellos piensan aún Anás, Caifás y todo fariseo. Pero mi corazón también se duele por éstos, las primeras víctimas de una irrealidad que parlotea a gritos en sus propias mentes. Y a esa embriaguez le llaman claridad. ¿Y por ventura no será este filósofo una nueva versión del viejo mundo Nicodemo? ¿Qué exclamaré en esta nueva hora de tribulación ante la falsía, ante tanto espejismo de verdad? Si ayer enrostré a fariseos y a escribas llamándoles hipócritas, ¿será justo volver nuevamente sobre ellos la cólera que me abrasa en este instante? Hay gran tribulación en mí, mas hágase la voluntad del Padre y no la mía; que nuevamente he de beber la misma hiel, en el mismo cáliz, que el mismo mundo aún ofrece a todo Hijo del Hombre. Pero no acusaré a los escribas, tampoco acusaré a los fariseos que tan sólo han cambiado de ropas y de nombre. Tampoco otro ha sido el cambio del sufriente pueblo. Fue advertido una vez, y mil veces también, desde aquel día en que me clavó a una cruz. Caiga sobre él, pues, mi acerado juicio, que todo pasará, el cielo y la tierra, mas nada pasará sin que se cumpla hasta el último tilde de la ley. Y sí a pesar del Verbo que recreé en mí mismo y que esparcí a los cuatro vientos, el hombre prefiere aún buscar el reino de los cie los en cualquier parte menos en

su propia vida; si prefiere vivir humillado y adorando los grillos que le impiden volar en pos de la dicha; si prefiere amar y venerar el látigo con que Mammon le aterroriza desde que el mundo es mundo, será él el único culpable de su propia suerte. Un pueblo como éste gritó un día a mi paso, ¡Hossanna! Pocos días después, gritó ¡Cru cifícadle! Quizás el dolor que ha sufrido a partir de esa fecha le bendiga y le ofrezca misericordia para consigo mismo. Quizás no sea esto sino un nuevo deseo que alien to impulsado por mi amor a la Vida del Hombre. Mas no debo callar.

Y elevando la voz, encendidos los ojos, así acusó a las gentes que se habían reunido, poco a poco, ante él.

—Vosotros, que en el verano de vuestro amor sofocáis su emoción con las pesadas ropas del invierno que anida en vuestras mentes.

—Vosotros que tan menguados os dáis y recibís el singular tesoro de vosotros mismos: ¿por qué llamáis orgulloso y soberbio a quien osa vivir desnudo al sol?

—Hace ya dos mil años que os vengo suplicando que miréis hondamente en vuestros corazones y que os libreis de todo mal purgando vuestras mentes repletas de ilusión.

—¿Y qué habéis hecho, verdugos y asesinos de vuestro más caro anhelo?

—¿No sabéis que en vosotros también mora el Espíritu Santo?

—Si envenenáis el pan que os alimenta y que amasáis con vuestras propias manos, ¿con qué podréis nutrirlos y satisfacer vuestra hambre?

—Seguramente no diréis que una rosa carece de perfume si des denáis su aroma.

—Y si pasáis de largo ante el hogar de quien al veros tan sobre cargados os ofrece alimento y al bergue, le llamaréis avaro y egoísta?

—Cuando os amamantabais, hambrientos, fríos y sedientos, ¿no recibíais el amor materno con la misma largueza con que os era dado?

—Y cómo recibís el amor de vuestro Padre que está en los cie los?

—Morid en mente, renaced en espíritu y bebed, generosos, de la abundante leche, de la sobra miel, que por los siglos de los siglos siempre os ofrece vuestro más grande yo.

oOo

Aquella noche, el filósofo, el erudito, el conceptuado sabio, aquel con quien transaban tolerantes e interesantes los modernos escribas, los nuevos fariseos, los obsescentes centuriones y los Pilatos y Césares de la hora, escuchó la versión de los hechos que la prensa propalaba por radio:

—Un loco que ayer importunó a nuestro ilustre filósofo y brillante erudito en su venerado retiro intelectual, fué arrojado a la calle. Ante una multitud que presenciaba este insólito acontecimiento, el demente en cuestión pronunció un absurdo discurso incitando a los hombres a rebelarse contra el orden establecido en nuestra próspera y feliz comunidad. Pero en vez del aplauso que seguramente esperaba del pueblo, este agitador aficionado recibió su justo merecido. Con su proverbial virilidad, el ofendido pueblo le arrojó piedras, lapidándolo allí mismo. Su cadáver no pudo ser identificado. Hasta el momento nadie lo reclama. Según la policía se trata de un aventurero sin mayor importancia. Pero, sin lugar a dudas, era un oscuro persona-

POETA, irremediablemente poeta, es lo que fué Guerra Trigueros en su constante caminar por este mundo y, su único afán, el de buscar y repartir belleza.

En cada uno de sus poemas encontramos esa voz de claridad transparente, voz fortalecida con el dolor y la ternura, que dice su lirismo y su hallar vocablos para lo inefable.

Guerra Trigueros ha logrado meterse tanto en el cielo de la poesía como en el sentir de sus compatriotas.

A su paso por El Salvador, la poetisa Gabriela Mistral exclama cuando se lo presentan mientras repara en su corta estatura: "¿Usted es el poeta Guerra Trigueros? Yo creía que era un gigante con los poemas que escribe!"

Nació en 1898, vivió en casi todos los países de América y Europa. Murió el 22 de junio de 1950. Publicó:

SILENCIO, San Salvador, 1920
EL SURTIDOR DE ESTRELLAS, San José Costa Rica, 1929
POESIA VERSUS ARTE, San Salvador, 1948.
Dejó dos libros sin publicar.

POEMA POSTUMO

Alberto Guerra Trigueros

...Este es un poema...

(o una Prosa, quizá).

Este es un poema

póstumo.

—Sí, señor: póstumo.

Irremediablemente póstumo.

No un poema para después

de mi muerte;

sino, sencillamente,

para después...

Un poema

pretérito,

como todos los poemas:

un poema para mí.

Para que lo lea

Yo,

heredero de mí mismo;

Yo,

mi propio hijo;

Yo,

a quien no conozco.

Un poema

pasado de moda:

para dentro de un momento.

Para que lo lea

yo mismo

con un benévolo, irónico Respeto,

como se leen las cartas de amor

de nuestros padres.

Para que lo lea

en mí mismo

otro hombre:

dentro de un minuto,

dentro de un siglo,

dentro de un millón de siglos

o un millón de minutos.

O, como yo mismo diría

luminosamente,

si fue un sabio de hoy,

a una distancia-tiempo

de cien millones de años-luz.

oOo

Decía, pues

...¿Que decía yo? ...

—Pero eso no tiene

la menor importancia.

Lo que importa es que sepa Usted,

señor mío,

por inverosímil que parezca,

que soy un hombre.

Nada menos

que un hombre.

Nada más

que un hombre.

Un hombre que nada tiene

de particular.

Absolutamente nada.

je cuyos antecedentes se ignoran pues no se halló sobre él pasaporte ni documento alguno que revelase su nombre, su origen, ni quienes son sus padres.

—Era un paria, pues los testigos presenciales dijeron que él había dicho de sí mismo: Soy un Hijo del Hombre.

Por eso digo que soy un hombre.

Y... que es un hombre?

—Soy un hombre que nació un día,

como todos los hombres.

Que vivió

como todos los hombres

un día.

Y que también,

como todos los hombres,

un día

murió.

Porque soy

de nacimiento,

como todos los hombres,

un Condenado a Muerte;

y da lo mismo escribir

"murió" que morirá.

Y por eso escribo un poema póstumo:

porque soy yo mismo

un hombre póstumo

Porque nació ya

muerto.

Y no puede resucitarme

nadie.

Y dicen que estoy vivo:

y hasta puede

que tengan razón.

oOo

Y aquí estoy, escribiendo... cosas.

Vagas cosas.

Cosas que ni siquiera son

tristes.

Ni alegres.

son cosas...

Y la vida no es triste,

ni alegre:

la vida...

Y por eso aquí estoy,

escribiendo... cosas...

Como dicen que escriben

todos los condenados

a muerte,

Porque, como iba diciendo,

yo soy un hombre

póstumo,

Y todos los hombres somos

hombres póstumos.

Porque no hemos de vivir

(si es que vivimos),

sino hasta después

de muertos:

cuando nos demos cuenta

(si es que nos damos cuenta)

de que estamos

muertos.

Esto es, de que somos

Hombres:

Hombres Póstumos.

Vale decir,

Dioses Póstumos.

San José, Costa Rica, 1929

La Academia de Arte de Pensilvania

Por NORMAN SMITH

(USIS)—Los directores de museos que hace poco tiempo visitaron los Estados Unidos quedaron sorprendidos —algunos de ellos se maravillaron en extremo— al observar el alto concepto de responsabilidad cultural para con el público de que dan constantemente prueba numerosas instituciones de arte del país. Otra de las cosas que llamaron sobremanera la atención de los ilustres visitantes fué la atención especial que estas instituciones dedican a diversas actividades educativas.

A decir verdad, los directores de museos no tienen gran motivo —al menos en Europa— de dedicar mucha atención a tales actividades ya que, hasta cierto punto, muchas ciudades europeas, de por sí, son espléndidas colecciones de pinturas, esculturas y obras arquitectónicas. Las antigüedades de Europa constituyen una base tangible para la tradición y apreciación del arte.

Es, sin embargo, digno de mención un acontecimiento de actualidad en Filadelfia, indicativo de la forma en que un importante centro de arte ha erigido envidiable tradición desempeñando al propio tiempo sus funciones como entidad educativa.

La Academia de Bellas Artes de Pensilvania que, si bien no es la primera de estas instituciones en los Estados Unidos viene funcionando continuamente desde hace largo tiempo, celebra actualmente su 150 aniversario. Con ocasión tan memorable presenta, como parece lógico esperar, una exposición retrospectiva constituida por obras de 25 distinguidos artistas que han estado relacionados con la Academia desde su fundación en 1805. Muchos de estos venerados artistas en la historia del arte en los Estados Unidos gozan actualmente de fama universal.

Con las obras de estos 25 artistas de ambos sexos, cedidas por colecciones públicas y particulares de todas partes del país, los funcionarios de la Academia han formado una exposición característica y selecta, que es indiscutiblemente una de las más representativas del arte de los Estados Unidos ofrecidas al público por lo que se refiere a la cronología y al estilo nacional.

En esta Academia se manifiesta plenamente el extraordinario desarrollo y cualidad estética del arte norteamericano. La actual exposición, a diferencia de la celebrada en ella hace ya siglo y medio, se nos ofrece literalmente un grandioso panorama del progreso artístico que ha tenido lugar en el país. Cuando la Academia presentó su primera exposición anual un crudo día de marzo de 1806, el pueblo de Filadelfia vió en lugar de ejemplares del arte del país reproducciones de escultura clásica y europea en escayola enviadas por Napoleón Bonaparte. Ahora, sin embargo, puede admirar una selecta colección de 254 cuadros, que sólo representa una pequeña parte de la notable aportación a la pintura de artistas de los Estados Unidos.

Aunque los funcionarios proyectaban una exposición retrospectiva típica del arte norteamericano decidieron, al cabo, limitarla a artistas fallecidos que en cierto mo-

do habían estado relacionados en un tiempo con aquella notable institución.

Entre éstos se hallaban comprendidos, aparte de numerosos pintores contemporáneos que merecían exhibirse, la exclusión de artistas de la talla de Sargent, Whistler, Stuart, Copley, Homer, Ryder e Inness por carecer de conexión oficial con la Academia.

No obstante estas sensibles exclusiones, en la actual exposición figuran algunos de los mejores pintores nacionales y entre ellos, con 26 notables lienzos, Thomas Eakins, cuya obra se considera sin rival en los Estados Unidos. La Academia se considera justamente orgullosa de la estrecha relación que con ella ha tenido este pintor, ya que aparte de haber sido uno de sus más hábiles alumnos, fué miembro y director durante gran parte de su período productivo.

Eakins representa la escuela realista en sus más fuertes ras-

gos. El material para sus obras procede casi completamente de la localidad en que vivía, de la observación de su vida social y sus recreos y del profundo interés que las ciencias le inspiraban. Algunas de las escenas que representan operaciones en clínicas de Filadelfia, por ejemplo, están consideradas como obras maestras desde el punto de vista técnico y artístico, y su cuadro "The Thinker", posteriormente pintado, refleja admirable apreciación del carácter y sensibilidad del ser humano.

Su carácter innato de maestro le condujo a instituir cambios radicales en la Academia cuando le nombraron director en 1882. Descartando el procedimiento tradicional de aprendizaje fundado en la copia de pintores antiguos, dió especial importancia al estudio de la anatomía con cuyo fin hizo ins-
talar una clase especial de dise-

que revolucionó la enseñanza del arte en pocos años, se deja sentir todavía en el país.

Entre los numerosos artistas nacionales y extranjeros que adoptaron el estilo de Eakins se distinguió un grupo de jóvenes pintores-periodistas que estuvieron muy en boga a principios del siglo. Sus asuntos eran de tan extraordinario realismo que los conservadores hallaron oportuno clasificarlos como pertenecientes a la "Ashcan School" de la pintura (basurero del arte). Henri, Luks, Glackens, S'loan y Shinn fueron éstos descendientes directos de Eakins. Su obra constituye asimismo una piedra milenaria en el arte moderno.

Otro de ellos, aún más avanzado en estilo, aunque hace 20 años que dejó de existir, es Charles Demuth. Este fué siempre un decidido modernista y sus escenas industriales, como la irónicamente titulada "My Egypt", poseen gran poder y han contribuido en gran manera a hacer más característi-



"La Familia Peale" cuadro pintado por el fundador de la Academia de Arte de Pensilvania, Charles Willson Peale, fue facilitado para la exposición con que se conmemoró el 150° aniversario de esa Academia, por la Sociedad de Historia de Nueva York. El cuadro tiene la inscripción: "Comenzado en 1773... terminado en 1809".—(Foto USIS).

HERMES
2000

LA MUNDIALMENTE FAMOSA

De fabricación suiza

Precisa y fuerte

como...

un reloj suizo



Distribuye LIBRERIA LOPEZ

Avenida Central — Esquina frente al Hotel Costa Rica

ANTHONY QUAYLE, EL DIRECTOR DEL TEATRO CONMEMORATIVO DE SHAKESPEARE

Por Marjorie Earl.

HACE media docena de años, Anthony Quayle, por entonces casi desconocido, vino a ser el más joven de los directores en la serie de los que se han hecho cargo del Teatro Conmemorativo de Shakespeare, a lo largo de la historia de esta institución radicada en Stratford-upon-Avon, en Inglaterra. Cuando aceptó un puesto de tal distinción todos sus méritos eran sólo diez años de experiencia como actor —más de cinco de ellos como simple principiante—, dos notables muestras de dirección y presentación escénica y un positivo talento de administración, pero era únicamente conocido de contadas personas en la profesión teatral y de las supremas jerarquías de la Metro-Goldwyn-Mayer, que en una ocasión trató de seducirlo para llevarlo a Hollywood.

Es curioso que la oferta de Hollywood y la de Stratford sobrevinieron casi por el mismo tiempo.

camente abstracto el arte de los pintores norteamericanos.

No sería completo un artículo referente a la Academia si no se mencionaran dos de sus fundadores que gozan de verdadera distinción en la pintura primitiva de los Estados Unidos: Charles Willson Peale y Benjamín West.

A Willson Peale se debe principalmente la creación de la Academia, manifestación natural del profundo sentido social que le caracterizaba. Como esforzado paladín de la libertad en la vida y en el arte, contribuyó a la cultura y la concordia de sus recientemente independizados compatriotas. West fué el primer pintor norteamericano que adquirió reputación universal, y hasta Whistler jamás hubo otro artista norteamericano tan respetado en todos los países. Durante su estancia en Londres, como expresión de este respeto, fué elegido presidente de la afamada Royal Academy.

Es sumamente grato tener conocimiento de que los amantes del arte en el extranjero tendrán pronto ocasión de admirar estas obras, o al menos la mayor parte de ellas. En una exposición, que se inaugurará en Madrid el mes de abril, estarán representados con 100 cuadros los mencionados 25 artistas norteamericanos. La exposición recorrerá después las ciudades de Florencia, Innsbruck, Copenhague y Bruselas, permaneciendo aproximadamente un mes en cada una de ellas.

De este modo ha llegado a realizarse gran parte del sueño dorado de aquellos 71 distinguidos norteamericanos que en 1805 se congregaron en la ciudad de Filadelfia para firmar una declaración de independencia estética. La academia de Pensilvania que a la sazón crearon, se ha convertido en base sólida del arte norteamericano para la apreciación de la belleza y las ideas. En verdad, se ha realizado con el tiempo el propósito de sus fundadores: "desarrollar, iluminar y vigorizar gradualmente la capacidad creadora de nuestros ciudadanos"...

po. Un día, en 1948, recibió una invitación a visitar a una señora "embajadora" de Hollywood. Bella, bien vestida y obviamente importante, su inmediato saludo le dejó un tanto desconcertado. "¿Estaría Vd. dispuesto —le preguntó de buenas a primeras— a hacerse ciudadano norteamericano?" Quayle es, habitualmente hombre de prontas decisiones, pero en aquella ocasión no pudo responder de modo categórico. "No sé —dijo—; ¿por qué?"

El fin de un flirt

La Metro-Goldwyn —prosiguió su "embajadora"— estaba buscando "nueva sangre" y él era uno de los tres europeos en los que se pensaba como idóneos a título de la proyectada "transfusión". Cuando Quayle inquirió tímidamente acerca de cuál sería su remuneración caso de aceptar, ella, encogiéndose de hombros con un elegante desdén, replicó: "Estaría Vd. pagado como un general de cinco estrellas". Hombre modesto, carente de fortuna —explica y recuerda—, y mi mujer y yo hacíamos una pareja bien pobre. El dinero y el margen de posibilidades en perspectiva en relación al empleo ofrecido eran tan prodigiosas que yo apenas si podía esperar a llevar a casa para contárselo a Dorothy Quayle. Gielgud había adoptado su decisión, en virtud de estimar que no le era posible actuar y dirigir a la vez. "La empresa —dice Perry— se resistía a aceptar que el hombre por mí sugerido fuera capaz de reemplazar a otro tan altamente prestigiado. Pero yo insistí en recomendarlo vehementemente, conseguí que los directores accedieran al fin. Y ciertamente nadie tuvo ocasión de arrepentirse, porque la producción de 'Crimen y Castigo' fué un franco triunfo".

Pero mayor aun fue el de la segunda obra, "The Relapse" (Reincidencia) dirigida por Quayle para la misma empresa. Tras ello, los directores de Tennents se mostraron dispuestos a respaldar cualquier obra que Quayle les propusiese, ya para dirigirla o ya para actuar en ella.

Minuciosa atención al detalle

Dorothy, la esposa de Quayle, es una mujer de deslumbradora belleza y muchísimo más inteligente de lo que suelen serlo mujeres tan hermosas. Ella se dio cuenta perfecta de que en definitiva a él no habría de gustarle Hollywood, y desplegó magistral diplomacia doméstica acerca de la fantástica oferta. "Es maravilloso, querido —le dijo—. Ese empleo te proporcionará sin duda amplísimo campo para tu talento, y será interesantísimo. Por supuesto, tendrás que renunciar a acutar o dirigir, puesto que has de estar enormemente ocupado. Pero para mí será espléndido. Seremos ricos, me comprarás vestidos preciosos, viviremos en una casa de ensueño, con piscina y todo. Y mientras tú estés ausente, trabajando, yo estaré en casa, esperándote, pero entreteni-

da, rodeada de un montón de hombres bien parecidos".

"Yo comprendí —dice Quayle— que Dorothy acababa de compendiar por anticipado cuál sería nuestra nueva vida, y decidí. Fui al teléfono, saludé, di las gracias, y dije redondamente: "No". Aquellos fueron el principio y el fin de mi flirt con Hollywood". En vez de la oferta de la Metro-Goldwyn aceptó la de Stratford, pasó a dirigir el Teatro Conmemorativo de Shakespeare y muchos de sus admiradores en Londres no pudieron menos de pensar que había cometido una locura. "¿Por qué renunciar a una gran carrera? en Stratford jamás te harás un nombre". Cosa ésta en que se equivocaban. Porque Quayle es hombre que estaba destinado a destacar dondequiera que resolviese trabajar.

Su carrera como actor comenzó en 1931. Su primer papel, tras de seis meses de estancia en la Real Academia de Arte Dramático (fue el de Will Scarlett en "Robin Hood" puesto en escena en un teatro de club de los suburbios londinenses, en el que trabajó gratis. Un día le vio actuar un comediante de music hall, y se le ocurrió que sería estupendo para hacer de especie del "hombre que se lleva las botas fetadas". Cuando el comediante le ofreció siete libras esterlinas por semana, Quayle aceptó encantado. Y aun estima como no baladí el consejo que le dio su patrono de aquella temporada: "Es jugar a perder —le dijo— el esforzarse por hacerse actor con todas las de la ley. Procura asociarte a un buen comediante de music hall y no te desgajes de él. Dinero seguro, muchacho".

Pero Quayle estaba resuelto a ser actor, y antes de estallar la guerra en 1939 se distinguía ya separadamente entre la Compañía del clásico teatro londinense del Old Vic, y se hallaba al borde de la consagración de la fama. Durante la guerra se ahondó aun más su entusiasmo profesional a la par que se ensanchaban sus perspectivas. Sintió creciente interés por la dirección escénica, a la vez que acentuada su inclinación a escribir, un afán que le había acuciado constantemente desde sus días de colegial en Rugby, y que en 1945 y 1946 satisfizo parcialmente al dar a la estampa dos novelas, ambas saludadas por el éxito.

Fue una escenificación por él dirigida entre sus compañeros de filas en el ejército, "Noah" (Noé), puesta en un teatro de Gibraltar durante la guerra, lo que dio ocasión a que Quayle obtuviese su primer puesto importante tras de la contienda. John Perry, de la firma H. M. Tennent Ltda. había estado también estacionado en Gibraltar, había asistido a la presentación del espectáculo y estimó que su director era sin duda hombre de valer. Y sucedió que en 1946, cuando John Gielgud resolvió de pronto abandonar la dirección de "Crimen y Castigo" para la producción de la obra por dicha empresa, Perry logró persuadir a sus principales de que debían contratar a Anthony Quayle. Gielgud había adoptado su decisión, en virtud de estimar que no le era posible actuar y dirigir a la vez. "La empresa —dice Perry— se resistía a aceptar que el hombre por mí sugerido fuera capaz de reemplazar a otro altamente prestigiado. Pero yo insistí en recomendarle ve-



El Sr. Anthony Quayle, quien desde 1949 ha sido y es el Director del Teatro Conmemorativo de Shakespeare, en Stratford-upon-Avon, en Inglaterra.

LA ESCULTURA EN LA ACTUAL INTEGRACION PLASTICA

LA célebre revista "Arte Público" que dirige el muralista Alfaro Sequeros, publica en su último número unas interesantes declaraciones del escultor Francisco Zúñiga que, como es del dominio de nuestros lectores es él uno de los máximos escultores contemporáneos que ha dado América. A continuación reproducimos dichas declaraciones:

"Considero que mi obra en la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, en la Ciudad de México, es la más importante de mi producción escultórica por cuanto entraña la solución de varios problemas que me preocupan siempre. Creo, además, que es un intento de integración plástica a pesar de que no hubo entre pintores, escultores y arquitectos toda la unidad y comprensión que hubieran contribuido a planificar y ejecutar en mejor forma el conjunto.

"Ya en la alegoría sobre la "Riqueza del Mar", (obra monumental, de composición casi totalmente horizontal, trabajada en concreto), en Veracruz, así como en el friso realizado en la Su cursal del Banco de México en aquella misma ciudad, había en mi producción balbuceos de integración plástica. He creído que es una de las metas que debemos fijarnos los escultores en esta era del arte público. En este

El escultor Francisco Zúñiga opina sobre su obra

sentido mis relieves del edificio SCOP constituyen un gran avance.

Durante un año trabajé en su ejecución. Son relieves de gran tamaño (40 x 7 metros), en dos grupos fundamentales: el lado izquierdo del edificio significa la Producción de la Tierra. El Sol fecunda a la Tierra; ella, a su turno, reparte generosa sus frutos y los hombres intercambian sus productos. El lado derecho es la representación de La Patria Nueva que, como figura principal, de pie, se une a la Libertad. A los lados, un ingeniero, una familia de mineros, un ferrocarrilero, las torres del petróleo, patrimonio de México, el origen de las comunicaciones desde el tambor del indio pasando por el mensaje del caracol hasta el posta a caballo y finalmente la comunicación por agua.

El friso, tallado en forma serpentina, de greca, es en mi concepto un vestigio directo de lo pre-hispánico que toda nuestra obra lleva en la raíz. Y esto, a pesar de que yo estimo que nosotros no podemos seguir copiando ídolos antiguos. Se conservan vivos en nosotros el sentido de las formas y algunos lineamientos, pero nada más. Necesitamos ir hacia una forma de expresión actual.

Entre los problemas a que me referí al empezar me preocupó

bastante el de lograr la continuidad en la composición que debía seguir el curso de los muros de la entrada, quebrados en dos planos diferentes. Medité hasta encontrar salida al asunto de las figuras que dan la vuelta las cuales fueron pensadas como columnas de soporte de la estructura del edificio. Creo que logré mi cometido.

Otro problema fue el de saber jugar los espacios arquitectónicos con el volumen escultórico para que el friso cumpla la función de permitir que la luz penetre a través de los huecos que quedan en los espacios libres.

Me parece importante destacar, también, la continuidad en el ritmo de composición que arranca de las figuras centrales, estáticas, y luego se va comunicando hasta los lados en forma dinámica. Creo que logré dar el movimiento requerido a la composición.

El lado de "La Tierra" es más geométrico. La superficie fue resuelta en planos geométricos escultóricos, casi exclusivamente. Al otro lado, el de La Patria, las formas son más redondeadas, de un modelado más fino, con movimiento y tendencia ya al claro-oscuro.

Para mí el conjunto de "La Tierra" es el más original. Tiene elementos de composición maya que le dan carácter. Aquí hay un intencional contacto con la tradición. El lado opuesto es más realista, más nuevo.

Para mí no existe más que el arte realista. Siempre se parte del realismo. El abstraccionismo, como especulación plástica, no me interesa. Realista es toda la escultura colonial y toda la pre-hispánica. Lo que cambia es la forma personal de cada artista de entender y tratar una mano, una cabeza, un ojo, por ejemplo.

Debemos hacer una escultura legible. Considero que esa es una de mis grandes fallas todavía: mi escultura es aún demasiado alegórica. El ideal sería hacer una obra que sin ser vulgar, grosera, anecdótica, representara ideas en forma muy clara.

Creo que el realismo en arte es algo por explorar ya que desde el Impresionismo hasta nuestros días los abstraccionistas han tratado al realismo como sinónimo de academismo.

Ahora lo revolucionario en arte es el realismo. No se trata de hacer naturalismo, copia servil de la naturaleza, que poco o nada tiene que ver con el arte. Y se requiere un arte que no ocul

te su función. Por eso no he creído nunca en el papel de las galerías y las exhibiciones de galería: por que éstas alimentan el gusto de determinados grupos, de minorías selectas. Lo importante es que la obra salga a la calle. Que se ponga en contacto con la gente. Que le diga algo útil a esa gente.

El artista hace siempre una abstracción al interpretar la naturaleza. Pero eso es una cosa y otra muy diferente es el simple recreo especulativo de las formas que conduce a un arte meramente decorativo desprovisto de todo valor aunque se elaboren teorías agotadoras sobre su significado.

El realismo, como lenguaje directo, es el mejor medio para la definición de las características nacionales del arte y de la cultura.

Mientras el realismo define la nacionalidad, el abstraccionismo lleva al cosmopolitismo y no a la verdadera universalidad que es el fin último del arte.

Y si el realismo es lo revolucionario, lógicamente el abstraccionismo es lo académico, lo reaccionario. Porque el abstraccionismo es repetición. Si se es escultor abstraccionista, se bajará al estilo de Moore; si se es pintor abstraccionista, se tendrá que ser un Picasso en pequeño. Respeto mucho a estos grandes artistas pero estimo que no debemos simplemente plagiar los.

Tenemos fe en el surgimiento de un poderoso movimiento escultórico a plazo no lejano. Naturalmente en ello cuenta, tanto o más que nuestro esfuerzo, el del propio pueblo cuyas fuerzas renovadoras deben darle a la escultura realista mexicana su saludable impulso.

Tenemos que seguir adelante por la ruta que nos traza el movimiento muralista, que ha sido nuestra cátedra y nuestro ejemplo. Pero se requieren el apoyo y el estímulo francos de quienes pueden y deben incrementar la labor escultórica.

No quisiera decir nada más sobre mi obra del SCOP porque pienso que cuando ha transcurrido poco tiempo después de terminar todo nos parece bien. Luego es cuando uno empieza a ver las cosas que no debiera haber hecho. Será mejor esperar. Lo que sí puedo afirmar es que esta obra, como todo lo que hago, fue realizada con la voluntad de agotar hasta el máximo mis posibilidades creativas tanto en el aspecto técnico como en el plano de las ideas".

(Tomado de "Arte Pública" México Año 2, N° 2).

hemente, conseguí que los directores accedieran al fin. Y ciertamente nadie tuvo ocasión de arrepentirse, porque la presentación de "Crimen y Castigo" fue un franco triunfo".

Pero mayor aun fué el de la segunda obra, "The Relapse" (Reincidencia) dirigida por Quayle para la misma empresa. Tras ello, los directores de Tennents se mostraron dispuestos a respaldar cualquier obra que Quayle les propusiera, ya para dirigirla o ya para actuar en ella.

Minuciosa atención al detalle

Todas las obras que Quayle dirige se caracterizan por un vigoroso impulso virgil y por una minuciosa atención detallista.

Anthony Quayle es un hombre aún joven, excepcionalmente dotado con infatigable energía, amplia visión, contagioso entusiasmo, altura de ideales, opiniones resueltas y una apasionada devoción por Shakespeare. Posee además el talento específico de interpretar a cuantos le rodean con el ardoroso entusiasmo que de él efunde y que ha vuelto a encender a Stratford de la mediocridad en que languidecía al éxito llameante que de nuevo representa. Hoy día los mejores actores del mundo se sienten afortunados de actuar allí por una fracción del dinero con que pueden recompensarse los más famosos empresarios, a la par que éstos se disputan el poder lograr que una compañía de las de Stratford visite sus países respectivos.

Una de las muchas innovaciones introducidas por Quayle en el Teatro Conmemorativo de Shakespeare ha sido la de la creación ocasional de una segunda compañía que realice jiras ultramarinas en tanto se celebra en Glaterra la temporada anual de Stratford. Tal segunda compañía granjeó éxitos imponderables en Australia y Nueva Zelandia. Es

te año serán países del continente europeo los que la compañía ambulante visite. En 1956 la jira será a Estados Unidos y el Canadá.

Quayle es hombre práctico, sin perjuicio de sus arrebatados y persistentes entusiasmos. El sabe bien que sus escenificaciones deben ganar dinero, porque la institución que dirige constituye el único teatro clásico en el mundo que ha de mantenerse entera y exclusivamente de sus ingresos en taquilla. Pero mucha mayor satisfacción que la de los lucros con que retornó de su pasada excursión a Australia, fué la que le proporcionaron las reacciones de un ganadero de Queensland que viajó 450 kilómetros con el expreso propósito de ver a Quayle encarnando a Otelo. Tanto le gustó que fué a verle durante cinco noches consecutivas. No contento con ello, se hizo presentar. Se hicieron muy amigos. Un día, Quayle elogió la originalidad de una camisa a cuadros que llevaba puesta su amigo el ganadero. Este se quitó inmediatamente la colorida prenda y, entregándosela a Quayle le dijo: "Ahí va. Tuya es. ¿Qué mayor prueba de estimación puede dar un hombre por otro que ésta de entregarle hasta la camisa que lleve puesta?"

Quayle trabaja por término medio de diez a doce horas por día, con inclusión de sábados y domingos. Hace un par de años, se nombró a Glen Byan Shaw co-director del teatro, lo que ha facultado a Quayle para salir al extranjero, al frente de las compañías que de Stratford parten para hacer recorridos por el mundo. Durante tales jiras, Quayle dirige y actúa a la par. Porque aún cuando él es enormemente ambicioso por lo que al Teatro Conmemorativo concierne, no oculta su propia ambición personal. Y, dice él mismo. "Lo que yo siempre he ambicionado y ambiciono sobre todo es esto: ser un gran actor".

HUMOR MUNDIAL

EN HOLLYWOOD:

Un conocido agente cinematográfico, regresando a casa de improviso, sorprende a su joven mujer en los brazos de un amigo. Este, tomando la delantera, sin dejarle abrir los labios, dice:

—Espero que no querrás dramatizar la escena como hacen todos los maridos burlados en las películas y en las novelas. Seamos razonables. Los dos queremos a la misma mujer. En vez de dirimir el asunto a tiros, sentémonos a la mesa de bridge y juguemos el derecho de vivir con ella.

El marido acepta. Se sientan a

la mesa, y mientras baraja los naipes, dice:

—Creo que debemos jugar diez centavos por punto, si no la partida carece de interés.

—:0:—

EN LISBOA:

—Se trata de un simple cálculo — dice el maestro a un alumno —. Metes la mano en un bolsillo del pantalón y encuentras veinte escudos; metes la mano en ce escudos. ¿Qué tienes al final? el otro bolsillo y encuentras quin — Los pantalones de otro.

LOS BURRITOS TARDOS

Los burritos suben la montaña
trabajosamente, por sendas agrestes...
La mansa alegría matinal los baña
de invisibles rocíos celestes.

Cargan blandos haces de espigas bermejas
que su aroma esparcen en el aire fresco;
y de las movibles y grandes orejas
marca sus andares el ritmo burlesco...

Son fuertes y dulces. Sus graves pupilas
saben del prodigio de sacras leyendas,
porque con pisadas lentas y tranquilas
cruzaron la arena de bíblicas sendas.

El azote innoble sobre el recio lomo
les dió los secretos de una antigua ciencia;
por eso en sus ojos hay como un asomo
de melancolía, perdón y paciencia.

Ellos desconocen el Mal y la vana
inquietud que agosta las almas inciertas;
viven su existencia matinal, hermana
de las vidas claras cual sendas abiertas.

Porque está el sentido de un mundo intenso
en las humildades del monte y del río,
en la cotidiana virtud de su pienso
y en el abrigo que les da el caserío...

¡Hermanos!—les dice la Filosofía.
¡Elegidos!—dice, maternal, la Tierra.
Sin embargo, toda su sabiduría
sólo en su pristina sencillez se encierra.

Bajo la mañana, los burritos mansos
van llevando a cuestras su carga florida,
mientras en sus ojos, lúcidos remansos,
tienen claridades inmensas de vida...

Carlos WYLD OSPINA
—guatemalteco—

EL BURRO DE SANCHO PANZA

Soy el enalbardado burro de Sancho Panza.
Jamás burro ninguno gozó mejor andanza
que yo, bien paseado por Sancho y don Quijote.
Quien sabe nunca adonde camina el estricto
con sus monomanías un par de mentecatos,
de que uno va con botas y el otro sin zapatos?
Errando a la ventura, no supe en la mañana
dónde pasar la noche. A veces el tomillo
de una riente sierra donde una fuente mana
perfumaba piadoso mis zuecos de aldeanillo:
a veces, en la sucia cuadra de algún ventero
de roca Maritornes cerca del muletero,
turba de encantadores me despierta y asombra;
son negros y pasean cirios entre la sombra...
La verdad es que paso mil sustos, y por eso
he caído en la cuenta, a pesar de mis pocos
alcances de borrico, que esta yunta de locos
ha de acabar un día por trastornarme el seso.
Pienso dejar por siempre su vida desastrada
y de llevar la mía cuerda y equilibrada.
Quiero ganar un día la insula que, a fin
de entregarla a los burros, tiene el sabio Merlín.
Existe. La describe en frases terminantes
un romancero de caballeros errantes.
Mi amo y Don Quijote — el asunto me choca —
no le dan importancia ni dicen esta boca
es mía, mientras presa de impulsos repentinos,
creyéndolos gigantes, atacan los molinos.
De la falsa Quimera por siempre me desligo.
Voy al país do moran, hechos ya prisioneros,
los verdugos que Sancho titula molineros.
Que alaridos extraños lanzan ante el castigo
de cargarles el lomo con los sacos de trigo!
Y, hecho ya molinero, los oye rebuznar
el asno, sobre el heno que les hace tragar

Francis Jammes (francés)

EL ASNO

En la dehesa sátiro, en el corral asceta,
paciente como Job, como Falstiff deforme,
con gravedad de apóstol, sobre la frente quieta
lleva los apéndices de su cabeza enorme.

Ni la hartura le halaga, ni el ayuno le aprieta,
con su destino vive, si no feliz conforme,
y prolonga su efigie de contrahecho atleta
en una innumerable generación biforme.

Vivió noches amargas, tuvo días lozanos;
le cabalgaron númenes, le afligieron villanos;
unas veces la jáquima, otras veces el freno.

Honores y trabajos tiempo ha los dió al olvido,
pero siempre recuerda su pellejo curtido
la presión inefable del dulce Nazareno.

Julio Vicuña Cifuentes (chileno)

FRAGMENTO DEL QUIJOTE DE LA MANCHA

Miguel Cervantes S.

Mientras eso pasaba, vieron venir por el camino donde ellos iban un caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era gitano; pero Sancho Panza que doquiera que veía asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venía: el cual, por ser conocido y por vender el asno, se había puesto en traje de gitano, cuya lengua, y otras muchas, sabía hablar, como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conoció; y apenas le hubo visto y conocido cuando a grandes voces le dijo:

—Ah, ladrón Ginesillo! Deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo! Huye, puto; auséntate, ladrón, y desampara lo que no es tuyo!

No fueron menester tantas palabras ni baldones, porque a la primera saltó Ginés y, tomando un trote que parecía carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó a su rucio, y, abrazándole, le dijo:

—Como has estado, bien mio rucio de mis ojos, compañero mío?

Y con esto le besaba y acariciaba, como si fuera persona.

El asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho, sin responderle palabra alguna. Llegaron todos y dierónle el parabién del hallazgo del rucio, especialmente don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció.

EL ASNO QUE SE DISFRAZÓ DE LEÓN

Final de fábula.

Francisco Monterde G. I.
(mexicano)

Bajo la piel del León, el Asno reía enseñando los dientes y sentía deseos de rebuznar a cada momento.

Halló en su camino a otros asnos, y al verlos venir tembló, pensando que pudieran ser leones disfrazados con pieles de asno, pero cuando reconoció entre ellos a una asnita amiga suya, no pudo dominarse y rebuznó...

Huyeron los asnos, creyendo que el León imitaba su rebuzno para sorprenderlos. Y el Asno reía moviendo las dos colas y las cuatro orejas.

EL BURRITO

Anda que anda
va el burrito
en la bufanda metidito
con su campanita de cristal.
En qué pensará el burrito
tan compuesto?

Será en la fiesta de la princesa
o será en los dulces de Caperucita?

Devuélvete, burrito,
que la noche está cercana
y por allí anda muy quedito
dando brinco a una rana.
Tu mamá pensando está
y te busca en el trigal,
pues no oye ya tu campanita
tu campanita de cristal.
Devuélvete, burrito,
que la noche está cercana
y por allí anda muy quedito
dando brinco a una rana.

Irma Ugalde de Bolaños

ZOOPE

Salvador Jiménez Canossa
Luis Ferrero Acosta

EL BURRO

Acémila, asno, burro, jumento, pollino, son los nombres más comunes de este apacible solípedo que la historia nos recuerda muy a menudo. Su figura es bastante conocida en las obras de arte; se la puede mirar en los vasos griegos dedicados al culto de Dioniso donde aparece sirviendo de cabalgadura al dios de la alegría.

Lucio Apuleyo tiene una bella historia: EL ASNO DE ORO, en la que cuenta como un hombre se transforma en jumento debido al uso de una mágica untura. Con un burro escapa a Egipto la Sagrada Familia y, cabalgando un pollino entra Jesús a Jerusalén un Domingo de Ramos.

Y que sepamos nosotros, ya que en ningún libro se ha dicho, el burro más ha servido de cabalgadura al dios.

Juan Ramón Jiménez y Francisco Jammes son los poetas del burro.

SANDRO VAL

Fragmento

Leopoldo Lugones (argentino)

Aunque esto pase por natural rutina, diré que los burritos de mi cuento son hijos de madama Pollina y de maese Jumento.

Que el lector menosprecie mi estrictez genealógica, no me acobarda. Tengo interés en diferenciar tal especie del noble caballo y la mula bastarda.

Desde que Jesús, a guisa de acanea, tomó la borrica hebrea, según cuenta Mateo en su historia, es esa una respetable ralea; pues como aquella bíblica abuela debe atribuirse a los asombros de un estado tan sensible, el signo elemental y terrible que su familia también en los hombros. Y ciertamente que un blasón como aquél no lo tiene gallardo corcel.

Además, su fina cabeza comporta un distinguido atributo. Tienen el jarrete enjuto, y su pequeño pieles signo de nobleza.

Mézclase a lo zurdo de su mallea a una mimosa simpatía de niño; y poseen este cariño de la vida animal; la lana;

en sus irsutas frentes que nada alegro y en su cara picarescamente romana, se contradice una perpetua broma con un servil tormento como en la rana.

Junto a la barra laboriosa y prudente como una buena mujer, sus comitivas toman un trotecillo de nene obediente acompañado por orejas alternativas.

Orejas como diéresis de oblicuos fillos que abren al rebuzno vocales más raras o recogen azul de cielo como agudas ojivas, para aquellos cerebros humildes.

Corónalas el tábano con candente como un ascua en la punta de un hueso y saben dar palmadas con una mano y son los cubiletes de la paciencia.

Joaquín A. Peñalosa (mexicano)

Leo en un diccionario: **Asnografía**, s. f.: Se dice, irónicamente, por descripción del asno.

¡Pobre asno! ¡Tan Bueno, tan noble, tan agudo como eres! Irónicamente... ¡Por qué? Ni una descripción sería mereces, tú cuya descripción cierta sería, un cuento de primavera? ¡Si al hombre que es bueno debieran decirle asno! Si al asno que es malo debieran decirle hombre! Irónicamente. De tí, tan intelectual, amigo del viejo y del niño, del arroyo y de la mariposa, del sol y del perro, de la flor y de la luna, paciente y reflexivo, melancólico y amable, Marco Aurelio de los prados...

Platero, que sin duda comprendes, me mira fijamente con sus ojazos lucientes, de una blanda dureza, en los que el sol brilla, pequeño y chisneante, en un breve y convexo firmamento. ¡Ay! Si su peluda cabezota idílica supiera que yo le hago justicia, que yo soy mejor que esos hombres que escriben Dictionarios, casi tan bueno como él! Y he puesto al margen del libro: **Asnografía**, s. f.: Se debe decir, con ironía, claro está!, por descripción del hombre imbécil que escribe Dictionarios.

Juan Ramón Jiménez

PLATERO

Juan Ramón Jiménez. (español).

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas. Lo llamo dulcemente: "Platero?", y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar; los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco por dentro, como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejuelas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—Tien'asero...

Tiene acero, acero y plata de luna, al mismo tiempo.

LA BURRA

Estando el "borococó" escampando un aguacero, le dice el encarachero:

—¿A dónde me meto yo?

Ahí viene un animalito recogiendo su fortuna en la montaña de Egipto lo agarramos con la luna.

Que siga la burra andando, que en otra parte le esperan, para darle su aguinaldo y también su Nochebuena.

A esta burra le dá un mal que le llaman picamelo, que no se para del sueño hasta que le den un real.

El que atiende bien la burra sabe que es agradecida, porque necesita real para su pobre comida.

del folklore venezolano.

No era la leña ni el carbón ni una carga de rosas; era la muerte sobre su espalda sola.

Venía por el camino bebiéndose la luna, por sus ojos pasaba una alameda oscura ¡era la carga última!

El burro se murió, me lo dijeron ellos: los niños, los suspiros y los besos.

Trajeron el alcohol, corrieron por el médico; el corazón soñaba, dijeron que había muerto.

Dormido en yerba seca, dejádmelo en la yerba sin epitafio vano, ni entierro de primeña.

Que los pájaros verdes que trepaban su cuello lo miren tan dormido, que los sigan durmiendo.

Que el sol seque su carne y que la azote el viento; ramas tronchadas —los deshabitados huesos— de un árbol blanco y viejo.

Y que nadie pregunte si murió de vejez o de pena, ni reciban coronas, ni repartan esquelas. Basta para morir una cruz y una estrella.

Por el burrito blanco de las Nueve Posadas, por el burrito negro del Domingo de Palmas, que los arrieros vayan a ensillar una estrella. ¡Dejádmelo que muera!

¡Ay, cómo nos pesa el misterio a las espaldas! ¡Somos leña de muerte y con la vida a cargas! Nos reclama la tierra. ¡Dejádmelo que muera!

Y atemos sólo un llanto pequeño a sus orejas: del polvo muerto nacerá la primavera.

EL BORRIQUITO BLANCO

de La Leyenda sagrada del Charco del Barro.

El agreste río de Guadalajara bajo el bosque umbrío, una historia rara cuenta el caserío.

Este era un antiguo sábado de Ramos; Jesús guardaba su manso jumento para entrar al pueblo, bajo alegres ramos, mas en todo el pueblo no había un jumento.

Sólo un asno hermoso de un rico hacendado, pastando, cruzaba la fértil comarca, pero ese opulento y adusto hacendado era el más avaro de aquella comarca.

Ya, a la tarde, todos volvían al pueblo tristes, pues no hallaban más que aquel borrico, cuando vieron, antes de entrar al pueblo, salir rebusnando, del río un borrico.

¡Era el borriquito más manso y más blanco! Cogido, llevaronlo en triunfo a la aldea, y, sobre el burrito más manso y más blanco entró el otro día Jesús en la aldea.

¡Hosanna! a su paso, clamaba la gente, ¡Alegraos, hijas de Salem! ¡Hosanna! Y, bajo las palmas de rústicas gentes, iba el borriquito con Jesús. ¡Hosanna!

Y he aquí que al bajarse Jesús del pollino, en el templo lleno de mirras y de flores, hacia el río, al trote, marchóse el pollino, libre ya de ricos arneses y flores.

Y aquí acaba el cuento del borrico blanco que salió del río Guadalajara: fué aquel el burrito más manso y más blanco que vieron las gentes en Guadalajara.

Y el agreste río de Guadalajara, bajo el bosque umbrío aun la historia rara cuenta el caserío.

Cornelio HISPANO
—colombiano—



de sueño caen desgajadas, cavidad duerme el murmullo ma crisálida en su capullo.

ica y la lógica tiénelas por almohadas. zanse en mitras o en faluchos; arritos, n con ellas muy bonitos hos.

sueños esbozan signos ción de quiméricos pesebres; rriban, malignos, a atrás y otra hacia adelante, como liebres.

en escolásticos bostezos ya se arruga. nte huelen a orégano y lechuga.

n pulcritud discreta, se economizaran un modesto salario, cicitos de picote ordinario, tincitos de vaqueta.

eservarlos de infaustos azares, an cuidadosos los abrevaderos; eten al barro como los terneros an cuatro pares.

BURRO APALEADO

no me cubre de nieve las orejas que en estío se llenarán de abejas. y trota que trota, y trotando, trotando, de repente, y es porque voy tragando de petróleo de algún auto deforme. viene un caballo estúpido y enorme. bien se respira dentro de la ciudad! fin de las mil y una noches es éste e a deliciosos bálsamos de Bagdad hay un poeta ornado con agreste de palabra afectuosa y sencilla? freciera el agua que de su fuente brota! ñeño? Se acerca con un cubo que brilla. trotar es fuerza, y voy trota que trota... te cuyos bordes adornados con los florecidos mi deseo divisa! o imaginarme que voy bebiendo brisa, espejismo absoluto de Dios. onto, el amo empuña una estaca con dos en mis espaldas, supurantes, golpea infinita que ríe y azulea.

Francis Jammes

PIEL DE VENUS

Intervienen CECILIA, La Secretaria; AURELIO, EL ABOGADO; ALICIA, La Esposa y CLARA, PIEL DE VENUS, La Bailarina de las Danzas Atrevidas.

La escena en un saloncito anexo al bufete del Abogado. Poca luz. Mucha intimidad.

LA SECRETARIA.— Hace poco llegó este billete. ¿Será algo urgente?

EL ABOGADO.— ¿Quién lo trajo?

LA SECRETARIA.— Un mensajero privado.

EL ABOGADO.— ¿Espera contestación?

LA SECRETARIA.— Se fué a

Comedia en un acto de José Fabio Garnier

penas me hizo firmar.

EL ABOGADO.— En cuanto llegue esta señora, avíseme.

LA SECRETARIA.— ¿Puedo retirarme?

EL ABOGADO.— ¿Hay otros asuntos de interés?

LA SECRETARIA.— Esta carta me parece digna de estudio.

EL ABOGADO.— ¿Puede dejarse para mañana?

LA SECRETARIA.— Como usted disponga.

EL ABOGADO.— Déjala, entonces. Mejor dicho, estudia los antecedentes. Prepara una solución.

LA SECRETARIA.— ¿Yo?

EL ABOGADO.— De acuerdo con tu criterio personal.

LA SECRETARIA.— Me pone usted en un aprieto.

EL ABOGADO.— Ya es tiempo de que te vayas independizando.

LA SECRETARIA.— Es, todavía, muy pronto.

EL ABOGADO.— Nunca es tarde. Jamás es temprano.

LA SECRETARIA.— He hecho muy poca práctica.

EL ABOGADO.— Recuerda que, cuando menos lo pienses, has de hacerte cargo de un bufete propio.

LA SECRETARIA.— Mucha agua ha de pasar todavía bajo el puente.

EL ABOGADO.— Bien... No es una insinuación.

LA SECRETARIA.— Entonces... es...?

EL ABOGADO.— Una orden. Estudia ese asunto. Toma todo el tiempo que quieras.

LA SECRETARIA.— Ha de ser mucho.

EL ABOGADO.— Valiente profesional vas a ser si a cada asunto le dedicas más del tiempo necesario!

LA SECRETARIA.— ¿Y si es muy difícil?

EL ABOGADO.— Para una mujer inteligente como tú...

LA SECRETARIA.— Muchas gracias.

EL ABOGADO.— Además... para algo estoy aquí. Me consultas cuanto te parezca... Pero...

LA SECRETARIA.— Ya apareció el pero de siempre.

EL ABOGADO.— Acepto solamente consultas de índole realmente difícil.

LA SECRETARIA.— Ahí vamos.

EL ABOGADO.— Quiero que, a mi lado, te hagas una magnífica profesional. Más tarde... tal vez.

LA SECRETARIA.— Más tarde... Tal vez?

EL ABOGADO.— El estudio sea de ambos. Entre los dos resolveremos cuanto caso se presente. Ayudándote yo a ti. Y tú a mí.

LA SECRETARIA.— ¿Yo a usted? ¿Qué sin razón!

EL ABOGADO.— ¿Te parece inverosímil?

LA SECRETARIA.— No es que me parezca... Está fuera de lo posible.

EL ABOGADO.— Ya veremos.

LA SECRETARIA.— Mientras tanto... Que pase el tiempo y...

EL ABOGADO.— Bien... Llévate esa correspondencia.

LA SECRETARIA.— La que aún no ha sido despachada?

EL ABOGADO.— La contestas tú.

LA SECRETARIA.— Pero... la firma usted.

EL ABOGADO.— Como quieras, chiquilla temerosa, no tardará el mundo en despertarte.

LA SECRETARIA.— Si tan largo me lo fias...

EL ABOGADO.— Ve preparándote. Recuerdas que no conviene dormirse. La victoria es de los más despiertos.

LA SECRETARIA.— Tengo los ojos siempre bien abiertos.

EL ABOGADO.— A propósito. No te has fijado en tus ojos?

LA SECRETARIA.— ¿Para qué sirven, entonces, los espejos?

EL ABOGADO.— Con esos ojos tuyos, tan grandes, tan vivos, creo que has de estar siempre despierta.

LA SECRETARIA.— ¿Son atractivos?

EL ABOGADO.— Ya apareció la coqueta!

LA SECRETARIA.— Por algo soy mujer... ¿Qué me iba a decir de mis ojos?

EL ABOGADO.— ¿Te interesa saberlo?

LA SECRETARIA.— Por algo soy coqueta. ¿Qué tienen mis ojos?

EL ABOGADO.— No sólo son de una atracción especial, sino...

LA SECRETARIA.— (siempre coqueteando) ¿Sino...?

EL ABOGADO.— Son de los más peligrosos que he visto.

EL BURRO

Como Mamerto Equú se viste de estameña; en sus lomos, se sabe, lleva la cruz en señal. Siervo de un siervo, el pobre, lo lleva sobre sus lomos tan evangélicamente como a Jesús.

Lazarillo de los niños va a pordiosear a los campos de Dios leña para el hogar.

Con su rastra de ramas, perdiendo y no empareja la tierra en que el hermano buey hundió la reja.

Saca el nogue del pozo, ¡que andar de peregrino! como amor a un pecho lleva trigo al molino.

Manos de paz, levanta sus dos orejas toscas, mas le arman guerra a muerte los perros y las moscas

De palos o improperios sabe a veces tan sólo, él tan sencillo como un ángel o un chingolo,

Su jornal que de veces un ayuno lo paga, y lo hecha a rodar tierra su renguera o su llaga.

Ala de Dios se suelta, hecho así un *Ecce homo*...

Dijimos ya que lleva la cruz sobre su lomo.

Pero en sus ojos grandes está su corazón mirando con la hondura de la resignación.

Luis FRANCO
—argentino—

BURRITO SANTO

Borriquito manso de la Virgen María, manso borriquito que llevó a Jesús, con su santa madre que al Egipto huía, una noche negra sin astros ni luz.

¡Lindo borriquito de luciente lomo!
Hasta el niño mío te conoce ya,
y dice mirando tu imagen en cromo:

—¿Es el de la Virgen que hacia Egipto va?

¡Dulce borriquito, todo mansedumbre!
Nunca a tus pupilas asomó el vislumbre,
más fugaz y leve del orgullo atroz.

Y eso que una noche sin luna ni estrellas,
por largos caminos dejaste las huellas
llevando la carga sagrada de un dios.

Juana de IBARBOUROU

—uruguaya—

EL ASNO DEL SAPOA DE LA PRIMERA COMPAÑIA

Pocos días hace que en la calle del Palacio se halló muerto de una estocada el animal favorito de los valientes soldados del 11 de abril de 1856. No era más que un pobre asno, pero tenía para Costa Rica más méritos adquiridos que algunos prohombres. En su corta existencia se mostró digno de la pura sangre árabe que sus antecesores le legaron.

Nacido en Nicaragua de dos honrados burros, pasó su edad primera corcobeando, corriendo en el florido suelo de aquella privilegiada región, hasta que un despiadado filibustero, afiliándole en las famosas columnas que bajo el mando de Schlessinger destinó William Walker a conquistar a Costa Rica, lo separó de sus campos favoritos. Nuestro pollino (que nada tenía de lerdito), oliendo lo que a sus compañeros de armas aguardaba en Santa Rosa, tuvo por conveniente desertarse en Sapoá, y dejando partir a los filibusteros en busca de su fatal destino, se quedó pastando la tierra, jugosa yerba en las fértiles orillas del cercano río. Allí le hallaron nuestras tropas cuando, después de extirpar la banda de Schlessinger, marchaban sobre Nicaragua. Tomó a su servicio el Oficial don Samuel Aguilar y vino de perlas, porque ciertamente no es tábamos muy abundantes de caballería. El asno le condujo con la mayor voluntad hasta Rivas, donde siguió prestando eminentes servicios y aguantando las más pesadas bromas con amabilidad y gracia imperturbables. ¡Había que traer carne, leña o cual quiera otra cosa para la gente? —venga el burro del Sapoá. ¿Se

ofrece una diligencia lejana que no requiera gran prisa? —venga el burro, —decía el encargado de ella. ¿Estaban de huelga los soldados y sin saber con qué divertirse? —pasaba el burro, echábanle la mano, lo vestían poniéndolo ca peruzas, lo toreaban y más de una vez le pusieron triquitraques y otros proyectiles inocentes en la cola, sin que por ello se enojara el complaciente animal.

El fue testigo de la terrible lucha que sostuvimos el 11 de abril, paseó por las calles mientras William Walker estaba encerrado, y logrando salir ileso de la lluvia de balas que por tantas horas inundó la plaza él rebuznó el 12 celebrando la fuga de nuestros enemigos y burlándose de ella y de ellos.

Cuando el cólera mortal nos obligó a retirarnos, el burro trajo siempre sobre sus lomos hasta Costa Rica uno o dos enfermos o heridos; aún más, cuantos morrales se le podían acomodar; y en este penoso viaje no se le llegó a quitar una sola vez la albarda. El valiente animal cumplió dignamente, y sin cometer la más leve falta.

Llegó a San José sirviendo a los soldados del Mayor Máximo Blanco y al mismo Jefe se le entregó mientras alguien no lo reclamara con legítimo derecho.

Desde entonces el pobre burro acariciado de los soldados de la primera compañía y especialmente de los que sobre él se salvaron, paseaba tranquilo, majestuosamente por las calles de San José, sirviendo de juguete a los muchachos que se divertían en poner

le máscara y corazas, pero sin hacerle mal.

Desgraciadamente para él, llegó a tener tal confianza en las inmunidades que sus servicios le daban, que en cuanto oía alguna golosina en cualquier parte, se en traba sin previo aviso a saciar su gula de sibarita. Esto lo arrastró al precipicio: murió al furor de un vecino de esta capital que ignorando, sin duda, sus privilegios y hallándole infraganti en su casa comiendo sin permiso, lo atravesó de una mortal estocada. El mayor Blanco pidió razón de su muerte y obtuvo a moderada compensación cuarenta pesos por él. Dicha cantidad ha sido donada al Hospital San Juan de Dios para que el asno fuera útil hasta en su muerte. Este ha sido digno de él: murió, no vulgarmente como un burro cualquiera, sino de herida de acero como merecía. A pesar de ser pollino, su memoria vivirá más tiempo que los heridos y enfermos que salvó, y que la de muchos hombres que nada hicieron por los defensores de la Patria.

UN SOLDADO DE LA 1ª COMPAÑIA

"Que el burro era célebre, no hay duda, pues la anterior necrología se publicó en el periódico oficial y se ornaron las columnas con franjas negras en señal de luto."

M. Soto Hall

"REVISTA DE COSTA RICA EN EL SIGLO XIX"

Tomo Primero, Tip. Nacional. San José Costa Rica - América Central, 1902.

LA SECRETARIA.— ¡Vaya! Peligrosos mis ojos!

EL ABOGADO.— Pobres hombres los que en ti pongan sus esperanzas!

LA SECRETARIA.— ¿Los com padece?

EL ABOGADO.— Ya te lo he dicho. ¡Pobres de ellos!

LA SECRETARIA.— ¿No los envidia?

EL ABOGADO.— Ya estoy a salvo de esos peligros.

LA SECRETARIA.— ¡Quién sabe!

EL ABOGADO.— ¿Qué supones?

LA SECRETARIA.— Ojalá fuera cierto que está libre de tentaciones. Sin embargo...

EL ABOGADO.— ¿Qué tratas de insinuar?

LA SECRETARIA.— La campanilla de entrada contesta por mí. Introduzco a esa dama? ¿O hago esperar, en la antesala, ese peligro que sé acerca?

EL ABOGADO.— ¡Eres incorregible!

LA SECRETARIA.— He de cambiar cuando me case... si es que llego a cometer esa locura... ¿Qué debo hacer?

EL ABOGADO.— Pues, casarte, muchacha.

LA SECRETARIA.— No me refería a eso. Hago entrar a la señora que espera y... que usted espera con...

EL ABOGADO.— No vayas a decir una barbaridad.

LA SECRETARIA.— Me conoce usted muy bien y... se conoce usted muy bien.

EL ABOGADO.— Hazla entrar en seguida.

LA SECRETARIA.— ¿Además?

EL ABOGADO.— ¿Falta algo? ¿A qué te refieres?

LA SECRETARIA.— ¿Apenas entre ella, debo decir que no está usted para nadie?

EL ABOGADO.— ¿Crees que convenga?

LA SECRETARIA.— Así debe ser. Felicidad, jefe!

EL ABOGADO.— Buena suerte, Diablillo!

LA SECRETARIA.— Soy el Diablillo de la Buena Suerte. ¿Verdad?

EL ABOGADO.— Sí te necesito...

LA SECRETARIA.— No lo creo. De todas maneras, estoy en el despacho de la derecha... A la orden de mi don Juan.

(Se va LA SECRETARIA. En ella, en todos los momentos, se comprende que está enamorada de su jefe, EL ABOGADO.)

(Después de un instante, llama el teléfono. Lo atiende, con premura, EL ABOGADO.)

EL ABOGADO.— ¿Qué dices? ... ¿No era quien pensabas? ... ¿Es algo mejor? ... Sin embargo, es la persona que espero... Me crees todavía en peligro?... La que me busca no es, a tu juicio, de las mujeres a las que precisa tener miedo?... ¿Así es que no se parece a ti?... Perdona, era una broma... Hazla pasar... De todas maneras, no estoy para nadie, mientras dure su visita... Para nadie, he dicho... Hasta luego.

(Entra, tras una breve pausa, CLARA, PIEL DE VENUS, La Bailarina de las Danzas Atrevidas. Viene elegantemente vestida)

PIEL DE VENUS.— Esa muchacha lo protege a usted en forma evidente.

EL ABOGADO.— Me defiende de las vistosas peligrosas.

PIEL DE VENUS.— ¿A juicio

de ella? ¿O a juicio de usted?

EL ABOGADO.— Interroga usted con segunda intención.

PIEL DE VENUS.— Soy yo una de esas visitas que precisa evitar?

EL ABOGADO.— Así no lo cree ella. Desde el momento en que la hizo pasar.

PIEL DE VENUS.— Me parece enamorada.

EL ABOGADO.— Es joven. Está en la edad propicia.

PIEL DE VENUS.— Está celosa...

EL ABOGADO.— ¿De quién?

PIEL DE VENUS.— De las mujeres a las que usted recibe, a solas, en este salón íntimo, de sugestivas insinuaciones.

EL ABOGADO.— Vaya, señora. Pareciera que no sea ésta la primera vez que me hace el honor de una visita suya.

PIEL DE VENUS.— Es cierto. Hace a penas dos días que tuve el placer de ser recibida en este gabinete de las tentaciones.

EL ABOGADO.— Para usted no han existido. Es usted una perfecta dama merecedora de toda estima.

PIEL DE VENUS.— A pesar de mi profesión? ¿A pesar de ser la Bailarina de las Danzas Atrevidas?

EL ABOGADO.— Nada tiene que ver con el respeto que impone al tratarla de cerca.

PIEL DE VENUS.— Vine hace pocos días.

EL ABOGADO.— Y fué usted recibida inmediatamente.

PIEL DE VENUS.— La Secretaria, enamorada y celosa, no se opuso a mi visita.

EL ABOGADO.— Comprendió, ella también, cuánto merece usted.

PIEL DE VENUS.— Sin embargo, ella ha de saber que...

EL ABOGADO.— Todavía no frecuenta los lugares en donde puede encontrarla a usted.

PIEL DE VENUS.— Sin quererlo, parece que desea usted ofenderme...

EL ABOGADO.— Me explico. Ella no ha tropezado todavía con un hombre que la invite al Salón de variedades en el que usted actúa como artista.

PIEL DE VENUS.— Como Bailarina de las Danzas Atrevidas.

EL ABOGADO.— Como artista. Déjeme usted repetir.

PIEL DE VENUS.— Como intérprete de exageradas voluptuosidades.

EL ABOGADO.— Ellos lo quieren así. Usted cumple con su deber, nada más.

PIEL DE VENUS.— No me dejan descansar. Ahora, voy a una recepción íntima en casa de la Embajadora de mi país.

EL ABOGADO.— ¿Va a bailar?

PIEL DE VENUS.— Voy ya preparada.

EL ABOGADO.— No debe fatigarse tanto.

PIEL DE VENUS.— Conviene quedar bien con nuestra Embajadora.

EL ABOGADO.— ¿Tiene prisa?

PIEL DE VENUS.— Supongo que quien la tiene es usted.

EL ABOGADO.— No supongas nada. Déjame usar, una vez más, el tú de la otra tarde. Me parece más íntimo. Más para nosotros.

PIEL DE VENUS.— ¿Por qué dices: para nosotros? Debías haber dicho sólo para mí, para la visita importuna de hace unos días y para la más importuna de ahora.

EL ABOGADO.— Vienes muy sentimental.

PIEL DE VENUS.— Vengo dolorida... Quiero evitar una in-

justicia.

EL ABOGADO.— ¿Qué te sucede?

PIEL DE VENUS.— No necesito repetir cuánto dije en nuestra conversación última.

EL ABOGADO.— Tú sabes lo que haces.

PIEL DE VENUS.— No he de quitarte mucho tiempo.

EL ABOGADO.— He dicho a mi Secretaria que no estoy para nadie.

PIEL DE VENUS.— Eso ha de despertar las sospechas tuyas que, en verdad, no han de estar muy dormidas.

EL ABOGADO.— Y dale con mi Secretaria. Como que la celosa no es ella...

PIEL DE VENUS.— Ningún derecho me has dado para sentirme celosa y menos de una jovencita como ésa.

EL ABOGADO.— No es tan joven como parece.

PIEL DE VENUS.— Bien. Vamos a lo nuestro. Se hace tarde y la Señora Embajadora espera.

EL ABOGADO.— Resumamos lo del otro día. Llegaste... como con miedo.

PIEL DE VENUS.— ¡Y bastante que traía!

EL ABOGADO.— No estabas segura de tu influencia para...

PIEL DE VENUS.— Déjame hablar. En esa ocasión... ¡qué vergüenza!... vine a pedirte dinero que mi marido y yo necesitábamos con urgencia.

EL ABOGADO.— Sin que tuvieras mucho que explicar, extendí el cheque.

PIEL DE VENUS.— ¿Este!

EL ABOGADO.— Lo traes todavía en tu bolso? ¿Por qué no lo has hecho efectivo? Entonces...

... no era verdad que tanto lo necesitabais!

PIEL DE VENUS.— Mi marido así me lo hizo creer. Vine, por consejo suyo, y por voluntad mía.

EL ABOGADO.— ¿Cuál predominó: el deseo suyo o el placer tuyo?

PIEL DE VENUS.— Sabes que mucho te quiero. A pesar de lo poco que nos hemos tratado...

EL ABOGADO.— Lo bastante para que te aprecie como lo mereces.

PIEL DE VENUS.— ¿Sólo a precio?

EL ABOGADO.— Amor, también, si quieres...

PIEL DE VENUS.— ¿Si quieres?... Me duelen esas dos palabras tuyas.

EL ABOGADO.— Perdóname...

PIEL DE VENUS.— Es que tu amor, si existiese, no ha tenido, no ha podido alcanzar la fuerza del mío.

EL ABOGADO.— ¿Por qué lo dices? No creo que tengas razón alguna para dudar de mi sinceridad.

PIEL DE VENUS.— Después de pedirte dinero...

EL ABOGADO.— Que te di con placer verdadero...

PIEL DE VENUS.— Y que agradecí como debía hacerlo...

EL ABOGADO.— ¿Entonces?

PIEL DE VENUS.— Para demostrarle, a mi manera, esa profunda gratitud, cerré con llave esa puerta... Me ordenaste, en seguida, que la dejara abierta... como estaba...

EL ABOGADO.— Era necesario...

PIEL DE VENUS.— Quería ofrecerte mi cuerpo. Lo único mío que podía entregarte!... Me habría dado con íntimo placer... Porque sigo amándote... Y no lo aceptaste, ingrato!

EL ABOGADO.— Es verdad. No quise aceptarlo. Te autoriza, ese gesto mío, para suponer que tu amor no es correspondido?

PIEL DE VENUS.— No aceptaste mi entrega absoluta. Tal vez tuviste piedad de mí.

EL ABOGADO.— No quise mezclar el interés con el amor.

PIEL DE VENUS.— Te pareció, la mía, una venta?

EL ABOGADO.— Eso nunca lo habría creído de ti.

PIEL DE VENUS.— Entonces... por qué me negaste el supremo placer de ser tuya?

EL ABOGADO.— Sencillamente porque pensé que lo hacías por simple gratitud.

PIEL DE VENUS.— Si así hubiera sido...

EL ABOGADO.— No quise que mi cariño intenso se viera retribuido con una gratitud, más o menos sincera.

PIEL DE VENUS.— No podías dudar de mi pasión. Desde que nos conocimos, desde que, en casa del Embajador, fuimos presentados, desde entonces comprendí que había de amarte como nunca hasta entonces había amado.

EL ABOGADO.— Nos hemos encontrado en muchas ocasiones, con diversos motivos. Sin embargo...

PIEL DE VENUS.— No podía hacer evidentes mis sentimientos. Una vez... en el Hotel del Lago... estuve a punto de confesarte cuánto sentía.

EL ABOGADO.— ¿Qué te lo impidió?

PIEL DE VENUS.— Tu discreción.

EL ABOGADO.— Me lo imponía la presencia de tu marido.

PIEL DE VENUS.— No sería la constante compañía de tu esposa?

EL ABOGADO.— Ambos no nos dejaban ni a sol ni a sombra.

PIEL DE VENUS.— Las tres parejas hemos estrechado buenas relaciones. El Embajador ha sido muy comprensivo. Tanto como tú.

EL ABOGADO.— Ninguno como tu marido.

PIEL DE VENUS.— No lo nombres, siquiera.

EL ABOGADO.— Se empañía, por caso, la dicha en tu hogar?

PIEL DE VENUS.— No me obligues a hablar de cosas ruines.

EL ABOGADO.— ¿Qué ha pasado?

PIEL DE VENUS.— Nada.

EL ABOGADO.— ¿No quieres hablar?

PIEL DE VENUS.— Vengo a devolverte lo que nos diste hace algunos días.

EL ABOGADO.— ¿Qué te obliga a ello? Te lo entregué con verdadero placer. Os habría regalado esa pequeña suma...

PIEL DE VENUS.— No la habríamos... Mejor dicho, no la habría aceptado.

EL ABOGADO.— ¿Quién? ¿Tu marido?

PIEL DE VENUS.— No lo supongas tan delicado!

EL ABOGADO.— No comprendo... Si no te explicas mejor...

PIEL DE VENUS.— No pienses en nada irremediable.

EL ABOGADO.— Habla más claro.

PIEL DE VENUS.— Mi marido me insinuó pedirte ese dinero para...

EL ABOGADO.— Para cubrir algunas deudas. Tú, así me lo dijiste.

PIEL DE VENUS.— Mentía, entonces. Mis actuaciones artísticas me permiten el no hacer de-

has. Gano lo bastante para...

EL ABOGADO.— ¿Quién, entonces, te aconsejó mentirme?

PIEL DE VENUS.— El único capaz de tanta bajeza.

EL ABOGADO.— ¿Tu marido?

PIEL DE VENUS.— Falso para contigo... Falso para conmigo.

EL ABOGADO.— ¿No estabais de acuerdo?

PIEL DE VENUS.— Me hizo creer muchas cosas que no resultaron ciertas.

EL ABOGADO.— ¿Mi dinero?

PIEL DE VENUS.— Iba a servirle para escapar, de mi lado, con otra mujer.

EL ABOGADO.— ¿De teatro?

PIEL DE VENUS.— Quiso algo que le parecía mejor.

EL ABOGADO.— ¿Quién?

PIEL DE VENUS.— Una señora de sociedad.

EL ABOGADO.— ¿La conoces?

PIEL DE VENUS.— Más de lo necesario.

EL ABOGADO.— ¿La conozco?

PIEL DE VENUS.— No hablémos de ella.

EL ABOGADO.— ¿Pero está loca?

PIEL DE VENUS.— Ambos es tán locos!

EL ABOGADO.— Si él se va... ¿qué piensas hacer?

PIEL DE VENUS.— No lo necesito. ¿Quién, en nuestro matrimonio trabaja, soy yo.

EL ABOGADO.— ¿No lo quieres?

PIEL DE VENUS.— Si lo quisiera, no habría podido quererte como te adoro.

(Sin que nadie lo esperara, entra, como un vendaval, CECILIA, LA ESPOSA. Repite las últimas palabras de PIEL DE VENUS.)

LA ESPOSA.— No habría podido quererte como te adoro! No puedes negar que pretendes arrebatarme a mi marido.

EL ABOGADO.— Cecilia, sé prudente.

LA ESPOSA.— Por algo, diste orden, a ese Secretaria condescendiente, de cerrar la puerta a nuevas visitas.

EL ABOGADO.— Escucha, Cecilia...

LA ESPOSA.— Te interesaba estar a solas con ésta...

EL ABOGADO.— ¿Vas a callar?

LA ESPOSA.— Valiente conquista has hecho!... ¡Una bailarina!

PIEL DE VENUS.— ¡Señora!

LA ESPOSA.— Don Juan ha descendido más de lo que yo creía.

EL ABOGADO.— No ofendas, Cecilia. No ofendas sin necesidad.

LA ESPOSA.— ¿Sin necesidad? ... Era ella, entonces, la que te estaba llevando por mal camino?

PIEL DE VENUS.— Le agradecería, señora, no maltratarme.

LA ESPOSA.— Seguramente, voy a complacerte. No lo mereces.

EL ABOGADO.— Todo lo mereces. Estás ofuscada.

LA ESPOSA.— Una mujer que baila desnuda, en los teatros de peor reputación!

PIEL DE VENUS.— ¿Por qué sigues ofendiéndome?

LA ESPOSA.— No hay hombre que no sepa de memoria los detalles íntimos de su cuerpo!

PIEL DE VENUS.— Bailo porque la danza me fascina.

LA ESPOSA.— Pero... desnuda?...

PIEL DE VENUS.— Casi desnuda, debe usted decir.

LA ESPOSA.— Muy poca es la diferencia!

PIEL DE VENUS.— Así lo quiere el público que es el que

manda. Así lo dispone el empresario que es quien paga.

LA ESPOSA.— ¿Qué humillación la tuya! En tan poco aprecio tienes tu reputación, Aurelio?

EL ABOGADO.— No hables más, debes permanecer en silencio.

PIEL DE VENUS.— Sería mejor para ella misma.

LA ESPOSA.— ¿Sería mejor? ¿Qué infamia tratas de insinuar?

PIEL DE VENUS.— ¡Basta ya! No le permito que me ofenda más!

LA ESPOSA.— ¿Todavía tienes alientos para ofenderte?

PIEL DE VENUS.— Soy una mujer honrada.

EL ABOGADO.— De eso estamos convencidos todos.

LA ESPOSA.— Oigan al abogado de las peores causas.

EL ABOGADO.— Piensa en cuanto dices. No vayas a arrepentirte muy pronto.

LA ESPOSA.— Cuanto he dicho es verdad. Nadie podría creer a esta mujer...

PIEL DE VENUS.— Que es una mujer honrada.

LA ESPOSA.— ¿Quién podría creerlo?

PIEL DE VENUS.— Muchas no podrían decir lo mismo con la seguridad mía.

LA ESPOSA.— Algunas iguales a ti. Tan despreciables.

PIEL DE VENUS.— Si yo hablara...!

EL ABOGADO.— Calla tú también. Nada ganas con seguir contestando.

LA ESPOSA.— ¿Y la tuteas? ¿Ves cómo es cierto cuanto de ella y de ti me han dicho?

EL ABOGADO.— Debes ser más discreta.

LA ESPOSA.— Es que ella, en son de amenaza, se ha permitido decir...

PIEL DE VENUS.— He dicho solamente: si yo hablara!

LA ESPOSA.— Nada tendrías que decir. Mira, fiel marido mío, cómo malgastas nuestro dinero! Un cheque a su nombre!... Caro pagas lo que otros obtienen por poco!...

PIEL DE VENUS.— Nadie; sólo mi marido, ha obtenido favores íntimos míos.

LA ESPOSA.— Eso dices... Los demás... ¿quién sabe!...

PIEL DE VENUS.— Señora... permítame llamarla así una vez más...

LA ESPOSA.— Una y mil veces más debes llamarme señora!

EL ABOGADO.— No empeores la situación. Escucha cuanto deseo decirte.

LA ESPOSA.— No me pagan ratos de placer con cheques así.

EL ABOGADO.— Fíjate, Cecilia, que ese cheque no está a nombre suyo.

LA ESPOSA.— Como si lo estuviera!

PIEL DE VENUS.— Iba a servir para pagar la huida de mi esposo.

LA ESPOSA.— Al fin se sintió harto de ti.

PIEL DE VENUS.— No... Quiere escapar con una mujer casada.

LA ESPOSA.— ¿Con una mujer casada? Alto pretende volar el pajarraco!

PIEL DE VENUS.— No merece sus burlas quien abandona a la mujer que lo mantiene para seguir a otra... a una cualquiera.

LA ESPOSA.— No dijiste que era una mujer casada?

PIEL DE VENUS.— Lo que no impide que sea una cualquiera.

EL ABOGADO.— Hacedme el favor, ambas, de abandonar esta discusión.

PIEL DE VENUS.— Por mí abandonada queda.

LA ESPOSA.— ¿Y cuándo se van los tortolitos?

PIEL DE VENUS.— ¡Ya no resisto más!... Cuando usted lo dis ponga, señora...

LA ESPOSA.— ¿Cómo te permites?...

PIEL DE VENUS.— El me lo dijo. Me enseñó los pasaportes de bidamente preparados. Según él, es cosa decidida.

LA ESPOSA.— Es una calumnia... No vayas a creer, Aurelio...

PIEL DE VENUS.— Jamás me rebajaría hasta ese punto...

PIEL DE VENUS.— Eso no dicen las cartas tuyas que él enseña a todos.

LA ESPOSA.— Tan miserable el uno como la otra.

PIEL DE VENUS.— Y como la otra.

LA ESPOSA.— ¿La otra soy yo?

EL ABOGADO.— ¿Y quién iba a ser?

LA ESPOSA.— ¿También tú en contra mía?

EL ABOGADO.— Hace mucho que esperaba este momento.

LA ESPOSA.— ¿Para qué?... ¿Qué ibas a decidir?

EL ABOGADO.— Lo que tú ya habías decidido.

LA ESPOSA.— ¿Me echas?

EL ABOGADO.— ¡No! ¡Eso nunca!

LA ESPOSA.— ¿Entonces?

EL ABOGADO.— Te facilito el camino escogido.

LA ESPOSA.— ¿Cómo?

EL ABOGADO.— Toma este cheque. Es tuyo. Gástalo como quieras.

PIEL DE VENUS.— ¡No!

EL ABOGADO.— Ves cómo aún lo quieres?

PIEL DE VENUS.— No es por él...

EL ABOGADO.— ¿Por quién, entonces?

PIEL DE VENUS.— Por usted... por ella...

EL ABOGADO.— No deseas que se vayan juntos?

PIEL DE VENUS.— Me dolería en el alma.

EL ABOGADO.— Es que amas aún a tu marido?

PIEL DE VENUS.— Lo odio.

EL ABOGADO.— ¿Entonces? ¿Por qué te opones?

PIEL DE VENUS.— No es por él. Es por usted. Por la tranquilidad de su hogar.

EL ABOGADO.— No te preocupes. Hace largo tiempo estaba

PIEL DE VENUS.— He traído, sin querer, la discordia. Nada me duele tanto...

LA ESPOSA.— Ahora es capaz de lavarse las manos, la muy hipócrita!

EL ABOGADO.— Calla, mujer. Bastante, e injustamente, la has ofendido.

LA ESPOSA.— ¿Debo callar, a pesar de todo?

EL ABOGADO.— Debes ir a preparar tu viaje.

LA ESPOSA.— Hemos de hablar antes.

EL ABOGADO.— Todo, entre nosotros, está dicho.

LA ESPOSA.— ¿Quieres la libertad para casarte con una mujer como ésta?

PIEL DE VENUS.— Una mujer que baila, casi desnuda, en los teatros de peor reputación, no puede ser la esposa del hombre cuyo honor usted ha mancillado.

LA ESPOSA.— Será, entonces, tu amante...

PIEL DE VENUS.— Tampoco, señora. Si soy poco para esposa

legítima, mucho soy para amante suya.

LA ESPOSA.— ¿Debo irme?

EL ABOGADO.— Así lo habías dispuesto tú. Que la buena suerte os acompañe.

LA ESPOSA.— Hemos de vernos.

EL ABOGADO.— No hay necesidad alguna... ¡Adiós!

(Ante la inflexibilidad de su marido, CECILIA, la esposa, se aleja.)

PIEL DE VENUS.— Ahora me toca a mí. Pero antes de irme, debo pedirte perdón.

EL ABOGADO.— De nada debes acusarte.

PIEL DE VENUS.— Has sido muy bueno conmigo. Y te he pagado con lo peor.

EL ABOGADO.— No te preocupes. Todo lo sabía.

PIEL DE VENUS.— ¿Y sabiendo dolo?...

EL ABOGADO.— Calla, mujer... Déjame solo ahora... Luego arreglaré el viaje tuyo hacia donde dispongas.

PIEL DE VENUS.— ¿Mi viaje? ... Es cierto!... ¡Perdona!...

(Ella, también, se va, lentamente, como si no pudiera arrancarse de aquel gabinete íntimo.)

(EL ABOGADO, al verse solo, medita un instante. Luego hace sonar el timbre. Aparece LA SECRETARIA, casi en seguida. Como si hubiese estado esperando aquella llamada.)

LA SECRETARIA.— ¿Llamaba usted?...

PIEL DE VENUS.— Pero... se ha quedado solo!

EL ABOGADO.— Y solo seguirá en la vida.

LA SECRETARIA.— No lo creo.

EL ABOGADO.— Mira... Aquí tienes tu primer asunto de importancia.

LA SECRETARIA.— ¿Tan pronto?

EL ABOGADO.— Has de hacer tramitar mi divorcio.

LA SECRETARIA.— ¿Su divorcio?

EL ABOGADO.— Lo antes posible.

LA SECRETARIA.— ¿Y después?

EL ABOGADO.— Ya lo dije. Viré solo mientras...

LA SECRETARIA.— ¿Por qué dices solo? ¿No me tienes a mí?

EL ABOGADO.— No es lo mismo.

LA SECRETARIA.— ¿No es lo mismo?

EL ABOGADO.— ¿No aceptarías ser mi compañera?

LA SECRETARIA.— ¿Y no lo soy... aquí... en la oficina?

EL ABOGADO.— Aceptarías serlo... aquí... y en todas partes?

LA SECRETARIA.— ¿Ahora y siempre?...

EL ABOGADO.— ¿Por qué no?

EL ABOGADO.— Me sorprendes.

LA SECRETARIA.— Te he querido desde que nos conocimos. Para mí sería la dicha perfecta.

EL ABOGADO.— ¿Y si no lo fuera?

LA SECRETARIA.— Déjame. Eso dependerá sólo de mí.

EL ABOGADO.— Tan segura estás de ti misma?

LA SECRETARIA.— Tan segura estoy de ti.

(Y la cortina, segura, ella también, de la felicidad de aquella pareja simpática, se cierra con rapidez.)

Juguetes probados de antemano

La reacción de los niños de San Pablo ante los juguetes determina su valor como tales



En este "laboratorio" de prueba para juguetes de San Pablo estos niños muestran sus reacciones ante varios artículos de juego mientras son observados cuidadosamente por sus supervisores.

Por Central Press.

(Propiedad de King Features Syndicate. Prohibida la reproducción parcial o total).

TODOS los años se inventan miles de juguetes, a la vez que se diseñan otros de acuerdo con nuevas técnicas y estilos, en todas las fábricas de los Estados Unidos. Si los juguetes se fabrican en grandes cantidades o mercantilizan adecuadamente depende en grado mayor de la opinión de los niños de las escuelas de San Pablo.

Estos jovencitos de escuelas públicas, parroquiales y guarderías, de orfanatorios, centros diurnos y otras instituciones, a menudo pronuncian el juicio final sobre las posibilidades económicas de la fabricación y mercantilismo de los juguetes.

Esta política de dejar que los niños para quienes se han construido los juguetes sean quienes también determina su adecuabilidad, popularidad y mercantilizabilidad, antes de que realmente empiecen a fabricarse, es la idea de un antiguo inversionista banquero de San Pablo, el señor Warren Cochenour, idea que ha convertido a esa ciudad en el centro de prueba de juguetes de la nación.

Todo comenzó en 1947. Cochenour y un grupo de padres responsables de San Pablo se unieron en ese tiempo y organizaron la Casa del Juguete Mundial, agrupación constituida para estudiar, analizar y seleccionar el material de juego adecuado para los niños de edades fluctuantes entre los 3 y los 10 años.

Después de pensarlo mucho el grupo investigador llegó a las conclusiones siguientes:

1—Que los adultos a menudo se cogen juguetes que les atraen a ellos y no a los jovencitos para quienes han sido construidos.

2—Que pagan altos precios por juguetes sin la menor garantía o seguridad de que los niños gustarán de ellos.

3—Que los juguetes deben adaptarse a todas las ocasiones y a todos los tiempos del año.

4—Que los juguetes pueden y deben ser educativos y al mismo tiempo venderse a precios razonables.

5—Y que lo más importante de todo, a menudo se inunda la vida de los niños con juguetes en cierto tiempo del año y se les olvida durante el resto.

Estas conclusiones condujeron a la estructura del plan de dejar a los niños que probaran sus juguetes en situaciones supervisadas. Varios supervisores de experiencia observan y anotan las reacciones de los niños ante los juguetes que están siendo sometidos a prueba.

Clasifican al juguete, ya sea que promueva el desarrollo social, desenvuelva ciertas habilidades, promueva el desarrollo artístico, mantenga el interés, estimule el desarrollo intelectual, o promueva el juego creador o de imitación.

Hacen comentarios sobre su construcción, durabilidad, popularidad, y seguridad. Se remiten informes al fabricante después de un periodo de prueba de 30 días. Si el juguete ha pasado por las pruebas, es sometido a fabricación en grande escala.

La Casa del Juguete Mundial no fabrica juguetes ni tampoco los vende. Sus funciones solas son probar los juguetes y proporcionar a los fabricantes bases seguras en el comercio.

Los juguetes se colocan en bolsas sanitarias transparentes, marcadas con la edad de los niños para quienes han sido fabricados y luego son enviados a los distribuidores de la Casa del Juguete en donde se clasifican adecuadamente a fin de facilitar su manejo y selección.

El buen éxito de esta serie de



Así visten ellas

Maritza Camacho Monge.

Nido de la gracia, de ella nace el vuelo del misterio y del ensueño...

En sus ojos la noche cobra nuevo encanto y hay un titileo de estrellas y luceros... De finida así, rosa y poesía, Maritza es el resumen de la maravilla.

(FOTO

SOLANO)



HUMOR MUNDIAL

En Nueva York:

Mientras viajan en tren para ir a sus respectivas residencias situadas en las afueras de la ciudad, hablan dos maridos amigos: —Finalmente — dice uno de ellos —, he hecho un regalo a

mi mujer; ahora no podrá decir que soy tacaño. Le he regalado una máquina lavaplatos.

—¿No me había dicho usted que lo que su mujer deseaba era una máquina de lavar la ropa?

—Sí, pero es que me hacía lavar los platos a mí.

En Washington:

El gran físico Einstein va en tren a una población de los Estados Unidos donde ha de participar en la inauguración de un centro de investigaciones científicas.

El revisor le pide el boleto. El sabio registra todos los bolsillos y no le encuentra.

El revisor, habiendo reconocido al ilustre viajero, le dice con gentileza:

—No importa, señor Einstein. Ya me lo enseñará al regreso.

—Le agradezco su cortesía — dice Einstein—. Pero necesito encontrarlo, para saber en qué estación he de descender.

1108
"LA GLORIA" presenta:

Modas de la Semana



**Esta temporada los vestidos
son juveniles
y lisonjeros**

1080 — Vestido de escote hondo y falda ancha.

Tallas 12-20. T. 16, 4 m de 1.25 m.

1091 — De torso largo con o sin cinturón.

12-42. T. 18, 4 m de 1 m.

1075 — Vestido de dos piezas con torso

largo. Tallas 12-20. Talla 16, 3.5 m de 1.5 m.

1095 — Torso largo; escote hondo. Tallas

intermedias, 12½-24½. T. 18½, 5 m de 1 m.

1073 — Corpiño ceñido. 12-20.

T. 16, 4.5 m de 1.25 m.

Todos los patrones en esta página vienen con detalles en español impresos en cada

Los patrones de los modelos presentados anteriormente pueden ser conseguidos en el Departamento para señoras de la TIENDA LA GLORIA. Lo mismo que las telas para su confección que se sugieren.